

El complejo nuclear de las neurosis

Milton Chajud

Ninguno de los descubrimientos de la investigación psicoanalítica ha provocado una oposición tan acerba, una negativa tan feroz ni unos malabarismos tan divertidos por parte de la crítica como esta referencia a las inclinaciones incestuosas infantiles, conservadas en lo inconsciente...¹

S. Freud, *La interpretación de los sueños* (nota agregada en 1914).

En este texto abordaremos el complejo de Edipo, fundamentalmente, desde la conceptualización que Freud realiza a partir de la fase fálica (formulada en el año 1923), señalando la diferencia que establece para el niño y la niña en el atravesamiento por dicho complejo.

Comenzamos con algunas aclaraciones.

Primera aclaración: trabajaremos con tres textos de años consecutivos: “La organización genital infantil (Una interpolación en la teoría de la sexualidad)”, “El sepultamiento del complejo de Edipo” y “Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos”, de 1923, 1924 y 1925 respectivamente. Si bien –como sus fechas de publicación lo indican– son artículos que aparecieron en distintos momentos, se los puede adoptar como un todo, puesto que hay una interrelación tal, una imbricación entre uno y otro, que es una necesidad leerlos con las articulaciones que se van planteando entre ellos. La lectura de uno va llevando a la lectura del otro. Sucintamente:

- en 1923 Freud formula la fase fálica (fundamental para contextualizar en este período del “desarrollo” sexual la significatividad que el complejo adquiere);

1 Podemos imaginar a Freud citando la frase apócrifa que se le atribuye al Quijote: “Ladran, Sancho, señal que cabalgamos”. En muchas ocasiones Freud se ha encontrado con fuertes críticas que se esgrimían en contra de sus teorías, pero esta, según su propia nota al pie, ha sido la que más.

- en 1924 plantea los efectos que la fase fálica y el complejo de castración tiene para el niño en el complejo de Edipo;
- en 1925 aborda cómo se producen estos efectos en el caso de la niña. En este punto Freud avanza en la investigación acerca de la sexualidad femenina. Se trata de un tema que le resulta enigmático, tanto es así que este es su “*dark continent*” (1926: 199), su continente oscuro, inexplorado, desconocido.

Segunda aclaración: si bien vamos a plantear la diferencia entre el niño y la niña a partir de 1923, situaremos previamente y de modo breve la temprana aparición del Edipo en la obra de Freud, señalando que no establece dicha diferencia entre un sexo y el otro al inicio de su formulación.

Tercera aclaración: cuando hablamos de complejo hacemos referencia al “entramado”, esto es, al conglomerado que da lugar al complejo. La noción de complejo apunta justamente al entramado de: representaciones, fantasías, deseos y prácticas sexuales que se aglutinan y giran, en este caso, en torno a la fase genital infantil. Y al referirnos al complejo nuclear de las neurosis damos cuenta de este entramado entre: castración, fase fálica y Edipo que es nuclear, central, preponderante al momento de las neurosis.

Cuarta y última aclaración: la teorización que Freud realiza al respecto es en base a los relatos que sus pacientes adultos le formulaban acerca de su propia infancia. Todos estos relatos se presentan *atravesados* por la significatividad de la premisa universal del falo y por las fantasías originarias de seducción por parte de un adulto y de castración. Tengamos en cuenta que los recuerdos de infancia, la memoria, no es una sumatoria e inscripción de acontecimientos que coinciden punto por punto con la realidad material. Como el mismo Freud aclara: no hay recuerdos *de* la infancia, sino *sobre* la infancia, es decir, son siempre encubridores.

Tempranas apariciones

La primera mención que hay acerca del tema podemos encontrarla en el Manuscrito N (anexo a la carta 64 a Fliess fechada en Viena el 31 de mayo de 1897). Allí Freud escribe:

Los impulsos hostiles hacia los padres (deseo de que mueran) son, de igual modo, un elemento integrante de la neurosis [...] Parece como si en los hijos varones este deseo de muerte se volviera contra el padre, y en las hijas contra la madre [...] (1950 [1892-99]: 296).

Tal como aparece en una nota al pie de Strachey: “Tal vez fue este el primer atisbo sobre el complejo de Edipo, que emergería con plenitud en la Carta 71 (p. 307), unos cinco meses después” (nota 174 de la p. 296). Interesante señalar que este atisbo de Freud apunta al deseo de muerte –parricidio–, uno de los deseos en juego en el complejo de Edipo. En esta primera sospecha aún no aparece la moción sexual.

Al poco tiempo de esta primera mención, hablando de su autoanálisis en la carta 71 a Fliess (a la que Strachey hacía referencia) le señala:

[...] Un solo pensamiento de validez universal me ha sido dado. También en mí he hallado el enamoramiento de la madre y los celos hacia el padre, y ahora lo considero un suceso universal de la niñez temprana [...] Si esto es así, uno comprende el cautivador poder de *Edipo rey* [...] la saga griega captura una compulsión que cada quien reconoce porque ha registrado en su interior la existencia de ella. Cada uno de los oyentes fue una vez en germen y en la fantasía un Edipo así [...] (1950 [1892-99]: 307).

Ya contamos aquí con la referencia a Edipo, aunque aún falta la nomenclatura completa: complejo de Edipo.

Algunos años después, en *La interpretación de los sueños* Freud vuelve a abordar el tema y se explaya al respecto. Lo citamos en extenso:

[...] los padres desempeñan el papel principal en la vida anímica infantil [...] el enamoramiento hacia uno de los miembros de la pareja parental y el odio hacia el otro forman parte del material de mociones psíquicas configurado en esa época como patrimonio inalterable de enorme importancia para la sintomatología de la neurosis posterior [...] esos deseos enamoradizos u hostiles hacia los padres [...] con menor nitidez e intensidad ocurren en el alma de casi todos los niños. En apoyo de esta idea la Antigüedad nos ha legado una saga cuya eficacia total y universal sólo se comprende si es también universalmente válida nuestra hipótesis sobre la psicología infantil. Me refiero a la saga de Edipo rey y al drama de Sófocles que lleva ese título [...]

La acción del drama no es otra cosa que la revelación, que avanza paso a paso y se demora con arte —trabajo comparable al de un psicoanálisis—, de que el propio Edipo es el asesino de Layo pero también el hijo del muerto y de Yocasta. Sacudido por el crimen que cometió sin saberlo, Edipo ciega sus ojos y huye de su patria. El oráculo se ha cumplido.

[...] Si Edipo rey sabe conmover a los hombres modernos [...] la única explicación es que el efecto de la tragedia griega no reside en la oposición entre el destino y la voluntad de los hombres, sino en la particularidad del material en que esa oposición es mostrada. *Tiene que haber en nuestra interioridad una voz predispuesta a reconocer el imperio fatal del destino de Edipo* [...] Su destino nos conmueve únicamente porque *podría haber sido el nuestro, porque antes de que nació el oráculo fulminó sobre nosotros esa misma maldición. Quizás a todos nos estuvo deparado dirigir la primera moción sexual hacia la madre y el primer odio y deseo violento hacia el padre*; nuestros sueños nos convencen de ello. El rey Edipo, que dio muerte a su padre Layo y desposó a su madre Yocasta, no es sino el cumplimiento de deseo de nuestra infancia. Pero más afortunados que él, y siempre que no nos hayamos vuelto psiconeuróticos, hemos logrado después desasir de nuestra madre nuestras pulsiones sexuales y olvidar los celos que sentimos por nuestro padre [...]. Como Edipo, vivimos en la ignorancia de esos deseos que ofenden la moral, de esos deseos que la naturaleza forzó en nosotros, y tras su revelación bien querríamos todos apartar la vista de las escenas de nuestra niñez (1900: 269-272) [el destacado nos pertenece].

El Edipo como complejo nuclear²

En la 4ta conferencia de las “5 Conferencias sobre psicoanálisis” (1910 [1909]) Freud aborda nuevamente la temática, donde señala al complejo de Edipo como el complejo nuclear de las neurosis:

[...] La primitiva elección de objeto del niño, que deriva de su necesidad de asistencia [...] Primero apunta a todas las personas encargadas de su crianza, pero ellas pronto son relegadas por los progenitores [...] El niño toma a ambos miembros de la pareja parental, y sobre todo a uno de ellos, como objeto de sus deseos eróticos. Por lo común obedece en ello a una incitación de los padres mismos, cuya ternura presenta los más nítidos caracteres de un quehacer sexual si bien inhibido en sus metas. El padre prefiere por regla general a la hija, y la madre, al hijo varón; el niño reacciona a ello deseando, el hijo, reemplazar al padre, y la hija, a la madre. Los sentimientos que despiertan en estos vínculos entre progenitores e hijos, y en los recíprocos vínculos entre hermanos y hermanas, apuntalados en aquellos, no son sólo de naturaleza positiva y tierna, sino también negativa y hostil. *El complejo así formado está destinado a una pronta represión, pero sigue ejerciendo desde lo inconsciente un efecto grandioso y duradero.* Estamos autorizados a formular la conjetura de que con sus ramificaciones *constituye el complejo nuclear de toda neurosis*, y estamos preparados para tropezar con su presencia, no menos eficaz, en otros campos de la vida anímica. El mito del rey Edipo, que mata a su padre y toma por esposa a su madre, es una revelación, muy poco modificada todavía, del deseo infantil, al que se le contrapone luego el rechazo de la barrera del incesto [...] (1910 [1909]: 42-43) [el destacado nos pertenece].

Podemos notar que en estas tempranas apariciones el complejo de Edipo está definido por la rivalidad, hostilidad, hacia el progenitor del mismo sexo, y el “enamoramamiento” hacia el progenitor del sexo contrario, sin establecer diferencias sustanciales de lo que al respecto puede acontecer en el caso del niño y de la niña.

2 Si bien la fórmula complejo de Edipo aparece por primera vez en una obra publicada en Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre (1910), al hablar de complejo nuclear, Freud está haciendo referencia justamente al complejo de Edipo.

El reparo de un descuido. La organización genital infantil: fase fálica

En 1923, con el texto “La organización genital infantil (Una interpolación en la teoría de la sexualidad)” Freud viene a enmendar, a corregir, un descuido en el campo del desarrollo sexual infantil. *Tres ensayos de teoría sexual* (1905) es uno de los libros (junto a *La interpretación de los sueños*) que más agregados, revisiones, “correcciones” Freud le fue realizando durante largos años de trabajo. En cuanto a las fases libidinales del “desarrollo”³ sexual, fueron teorizadas en distintos momentos, y cada una de ellas incorporadas a los *Tres ensayos...*: primero teorizó la fase sádico-anal (1910), y en segundo lugar teorizó la fase oral (1913)⁴. Como decíamos anteriormente, estas teorizaciones fueron incorporadas al texto en las sucesivas ediciones del mismo. La fase fálica, que hace su aparición en 1923, aparece mencionada en los *Tres ensayos...* en una nota al pie. Todo esto nos habilita a señalar que esta formalización de 1923 puede leerse como un agregado a los *Tres ensayos...*, donde ahora sí queda completo el cuadro del “desarrollo” libidinal: fase oral (1913), fase sádico-anal (1910), fase fálica (1923), período de latencia, genital adulta.

En “La organización...” luego de citar un párrafo de 1915 de los *Tres ensayos...*⁵ –donde podríamos decir que tiene casi al alcance de la mano la idea de la organización genital infantil– se propone “enmendar” un error, un descuido de lo infantil (significativo que él mismo hable de descuido, término con el que critica a sus contemporáneos cuando no querían saber nada de sus formulaciones acerca de la existencia de la sexualidad infantil). Las diferencias entre la sexualidad

3 Debemos aclarar que la teoría de Freud no es desarrollista. No piensa una etapa superadora de la anterior, sin posibilidades de retrocesos, sino muy por el contrario, hay convivencia de las distintas etapas. En todo caso la preponderancia, el “foco” está puesto en un tipo de satisfacción, pero esto no significa que no hay otro tipo de satisfacciones. Y una vez “abandonada” una etapa, con la siguiente, tampoco deja de existir la anterior. Además, todo este camino puede sufrir “regresiones”, con lo cual no es un camino escalonado que supone un progreso al momento de pasar de una etapa a la otra.

4 Nótese que estamos ubicando el orden de teorización, más adelante queda “ordenado” según la secuencia que puede esbozarse al respecto.

5 Al señalar que es un párrafo de 1915, damos cuenta que no leemos el texto en su versión original, sino con todos los agregados que señalamos más arriba.

llamada adulta (bajo el primado de los genitales y la unificación de las pulsiones) con la infantil no son tantas, descontada aquella que se relaciona con la posibilidad de reproducción –no perdamos de vista que la sexualidad genital llamada “normal” para Freud apunta a la unión heterosexual de los genitales con fines reproductivos, motivo por el cual cataloga la práctica sexual de los niños como perversa, justamente porque cualquier tipo de práctica que el niño lleve a cabo no persigue la reproducción–. En cualquier caso, la diferencia mayor está dada en que es un genital, el masculino, el que entra en cuenta o desempeña un papel. De allí que Freud hable no de primado genital, sino de un primado del falo.

Hoy ya no me declararía satisfecho con la tesis de que el primado de los genitales no se consuma en la primera infancia, o lo hace sólo de manera muy incompleta. La aproximación de la vida sexual infantil a la del adulto llega mucho más allá, y no se circunscribe a la emergencia de una elección de objeto. Si bien no se alcanza una verdadera unificación de las pulsiones parciales bajo el primado de los genitales, en el apogeo del proceso de desarrollo de la sexualidad infantil el interés por los genitales y el quehacer genital cobran una significatividad dominante, que poco le va en zaga a la de la edad madura. El carácter principal de esta «organización genital infantil» es, al mismo tiempo, su diferencia respecto de la organización genital definitiva del adulto. Reside en que, para ambos sexos, sólo desempeña un papel *un genital*, el masculino. Por tanto, no hay un primado genital, sino un primado del *falo* (1923: 146).

Freud señala, respecto del varoncito, que es natural para él suponer en *todos* y en *todo* un genital similar al suyo. Esta “premisa universal” es desde el lugar que el niño mira el mundo. Una premisa –un a priori, un pre-juicio, que no se cuestiona, o que cuando se cuestiona no es sin efectos– universal. *Todos* tienen pene: hombres, mujeres, niños, niñas, animales macho y hembra, etc. Y *todo*: también los objetos inanimados. Aquí la referencia es Juanito. Este niño de 5 años de edad buscaba el *hace-pipí* (wiwi-macher) en todos los animales e incluso en los objetos inanimados. En cierta ocasión observa a una locomotora largar agua, entonces conjetura que allí se encuentra el *hace-pipí* y el tren está orinando. O ve ordeñar una vaca y exclama que del *hace-pipí* sale leche. Lo busca también en una mesa, o lo agrega al dibujo de una jirafa que el padre le alcanza.

Esta parte del cuerpo ocupa todo el interés del niño. Quiere verlo en otras personas. Hay una curiosidad sexual, un esfuerzo de investigación en el niño.

En el curso de estas indagaciones el niño llega a descubrir que el pene no es un patrimonio común de todos los seres semejantes a él. Da ocasión a ello la visión casual de los genitales de una hermanita o compañerita de juegos [...] Es notoria su reacción frente a las primeras impresiones de la falta del pene. Desconocen esa falta; creen ver un miembro a pesar de todo; cohonestan la contradicción entre observación y prejuicio mediante el subterfugio de que aún sería pequeño y ya va a crecer, y después, poco a poco, llegan a la conclusión, afectivamente sustantiva, de que sin duda estuvo presente y luego fue removido. La falta de pene es entendida como resultado de una castración, y ahora se le plantea al niño la tarea de habérselas con la referencia de la castración a su propia persona [...] (1923: 147).

Tan arraigada está la premisa universal que el niño ve aún donde no ve. No le resulta sencillo abandonar esta premisa, y al punto tal no la abandona que la conclusión a la que llega es que la niña tenía un pene como él y le fue removido (sigue intacta la premisa *todos tienen*, solo que a esta niña se lo cortaron). Esto empieza a conmoverlo del paraíso en el que se encontraba, puesto que ahora tiene que vérselas con la posibilidad de su propia castración, con que también a él se lo pueden cortar.

Es en este sentido que Freud plantea: “[...] sólo puede apreciarse rectamente la significatividad del complejo de castración si a la vez se toma en cuenta su génesis en la fase del primado del falo” (1923: 147).

Es decir: el complejo de castración tiene sentido, tiene un valor particular en la fase genital infantil, en la fase del primado del falo, cuando se instaura la premisa universal del falo. Sino la castración no tendría ningún efecto. Otro tanto sucede con el complejo de Edipo. Solo se puede entender la lógica que Freud plantea *en esta fase particular del desarrollo sexual*, puesto que es trascendental el papel que desempeña el complejo de castración tanto en el niño como en la niña.

Pero no se crea que el niño generaliza tan rápido ni tan de buen grado su observación de que muchas personas del sexo femenino no poseen pene; ya es un obstáculo para ello el supuesto de que la falta de pene es consecuencia de la castración a modo de castigo. El niño cree, al contrario, que sólo personas despreciables del sexo femenino, probablemente culpables de las mismas mociones prohibidas en que él mismo incurrió, habrían perdido el genital. Pero las personas respetables, como su madre, siguen conservando el pene. Para el niño, ser mujer no coincide todavía con falta del pene [...] (1923: 148).

El hundimiento del complejo

En el texto de 1924 –al contar con la fase fálica– el complejo de Edipo cobra mayor significatividad, vinculado a la castración y a la diferencia sexual entre niño y niña. Solo podemos pensar la relevancia que tiene el complejo de castración y los efectos que produce respecto a la fase fálica y al complejo de Edipo que es contemporáneo, si precisamos que todo esto se da en el cénit, en el apogeo de la fase fálica.

En “El sepultamiento...” Freud dirá: “El complejo de Edipo revela cada vez más su significación como fenómeno central del período sexual de la primera infancia. Después cae sepultado, sucumbe a la represión –como decimos—, y es seguido por el período de latencia. Pero todavía no se ha aclarado a raíz de qué se va a pique {al fundamento}” (1924: 181).

Para aclarar los motivos de este sepultamiento del complejo, en tanto fenómeno central de la sexualidad infantil (directamente relacionado con la fase fálica y con el complejo de castración), comienza a formular algunas hipótesis:

Hipótesis I: se iría al fundamento por una imposibilidad interna (de cumplirse las expectativas tanto del niño como de la niña). No, esta hipótesis no dice nada, no aporta nada. No es una respuesta que lo conforme.

Hipótesis 2: cae porque ha llegado su momento. Freud refiere “... otra concepción dirá...”, no es él quien sostiene dicha hipótesis. Tampoco dice nada esta segunda hipótesis. No es una respuesta que lo satisfaga.

Entonces, comienza a distinguir que el atravesamiento por el Edipo no es igual en el caso del niño y de la niña. Con anterioridad afirmaba que existía un paralelismo entre uno y otro. Sin entrar en detalles, podríamos decir que en el caso del varoncito el complejo de Edipo daba cuenta de la rivalidad del niño con el progenitor del mismo sexo y el amor sexual hacia el progenitor del sexo opuesto. Esto, en definitiva, era lo que Freud tomaba en cuenta al pensar en el Edipo. El paradigma es el caso del niño: pequeño Edipo. Y en el caso de la niña es, podríamos decir, “igual, pero al revés”. Es decir: si en el niño el padre es quien aparece como rival y la madre como objeto de deseo, en el caso de la niña será la madre la rival y el padre el objeto al que apunta su libido. A partir de este texto, dicha explicación ya no se sostiene y para ampliarla se sirve de la fase fálica.

Antes le faltaban elementos para dar cuenta de esta diferencia. Ahora queda anudado el destino del complejo de Edipo a la fase fálica:

[...] Esta fase fálica, contemporánea a la del complejo de Edipo, no prosigue su desarrollo hasta la organización genital definitiva, sino que se hunde y es relevada por el período de latencia [...] su desenlace se consume de manera típica y apuntalándose en sucesos que retornan de manera regular (1924: 182).

El interés por los genitales lleva al niño a ocuparse manualmente de ellos, y a experimentar que los adultos no están de acuerdo con esta práctica. “[...] Más o menos clara, más o menos brutal, sobreviene la amenaza [de castración] de que se le arrebatará esta parte tan estimada por él [...]” (1924: 182). Puede que la amenaza no recaiga sobre el miembro, sino que tenga un atemperamiento, una “mitigación simbólica”, al anunciar que recaerá sobre la mano que ejecuta el papel activo.

A partir de esto emerge la tercera hipótesis –la válida en definitiva–: “Ahora bien, la tesis es que la organización genital fálica del niño se va al fundamento a raíz de esta amenaza de castración” (1924: 183) y con esto, también, se hunde el complejo de Edipo.

Esta amenaza será resignificada. Al principio el niño no cree en su posibilidad. Podríamos imaginar al pequeño varón, portador del pene, diciendo “a mí con pavadas no, qué me lo van a cortar”. Pero algo pone fin a esa incredulidad. Cuando el niño ve los genitales femeninos, en realidad, lo que ve –atravesado por la premisa universal– es que ahí no hay lo que él esperaba encontrar, y concluye que estaba, pero fue removido. Entonces: “[...] con ello se ha vuelto representable la pérdida del propio pene, y la amenaza de castración obtiene su efecto con posterioridad {nachträglich}” (1924: 183). El niño cae bajo los efectos de la angustia de castración. Podemos imaginarlo ahora diciendo “sonamos, era cierto, en cualquier momento me lo pueden cortar”.

Ubica el autor dos posibilidades de satisfacción que el complejo de Edipo ofrece: una positiva y la otra negativa⁶. Para el niño es posible hallar satisfacción de modo positivo o activo, al ubicarse de modo masculino: sustituyendo al padre, y tomando a la madre como objeto de satisfacción y al padre como rival. Este es el complejo de Edipo simple. El otro modo es el negativo o pasivo, ubicándose de modo femenino: rivalizando con la madre y tomando al padre como objeto. Tanto una modalidad de satisfacción como la otra comportan la castración. En una como castigo, en la otra como premisa:

[...] la aceptación de la posibilidad de la castración, la intelección de que la mujer es castrada (sic)⁷, puso fin a las dos posibilidades de satisfacción derivadas del complejo de Edipo. En efecto, ambas conllevaban la pérdida del pene; una, la masculina, en calidad de castigo, y la otra, la femenina, como premisa. Si la satisfacción amorosa en el terreno del complejo de Edipo debe costar el pene, entonces por fuerza estallará el conflicto entre el interés narcisista en esta parte del cuerpo y la investidura libidinosa de los

6 El complejo de Edipo *completo* se da cuando se ponen en juego estas dos posibilidades de satisfacción, tanto la positiva (activa o masculina), como la negativa (pasiva o femenina). Hay una ambivalencia de las tendencias en juego, en tanto que el progenitor del mismo sexo, aparece *a la vez* como rival y como objeto de deseo, y lo mismo sucede con el progenitor del sexo opuesto, como objeto de deseo, y *al mismo tiempo*, como rival. Todas estas tendencias se presentan al mismo tiempo. Lo que no solo lleva al conflicto, sino también favorece las identificaciones.

7 Quizá sea superfluo, pero va la aclaración de todos modos: está claro que la mujer no es castrada, o en todo caso, por ser un *parlêtre*, un ser hablante, está tan castrada como lo está el hombre.

objetos parentales. En este conflicto triunfa normalmente el primero de esos poderes: el yo del niño se extraña del complejo de Edipo (1924: 184).

Este extrañamiento produce efectos, deja secuelas. La conformación del superyó –vía identificación– es su consecuencia directa (es decir, son los efectos estructurantes en la constitución subjetiva); y, además, marca el inicio del período de latencia (al que podemos describir como la “calma que antecede la tormenta”: la pubertad).

A continuación, nos encontramos con la versión *idealista* de Freud. Plantea que en el caso “ideal” se produce una destrucción del complejo de Edipo, del cual no quedarían rastros. Pero, cuando de lo que se trata es de una represión, sigue operando desde el *ello*, donde exterioriza sus efectos (en tanto complejo nuclear):

[...] las represiones posteriores son llevadas a cabo la mayoría de las veces con participación del superyó, *que aquí recién se forma*. Pero el proceso descrito es más que una represión; equivale, cuando se consume *idealmente*, a una destrucción y cancelación del complejo. Cabe suponer que hemos tropezado aquí con la frontera, nunca muy tajante, entre lo normal y lo patológico [...] (1924: 185) [el destacado nos pertenece].

Luego del recorrido trazado, el autor vuelve a enunciar la tesis válida: “Tales son los nexos [...] entre organización fálica, complejo de Edipo, amenaza de castración, formación del superyó y período de latencia. *Justifican la tesis de que el complejo de Edipo se va al fundamento a raíz de la amenaza de castración*” (1924: 185) [el destacado nos pertenece]. Lo que echa por tierra al complejo de Edipo, lo que produce su hundimiento, su zozobra, es la castración.

Desde este punto del texto Freud comienza a abordar cómo todo esto se pone en juego en el caso de la niña. Señala:

[...] Nuestro material se vuelve aquí —incomprensiblemente— mucho más oscuro y lagunoso. También el sexo femenino desarrolla un complejo de Edipo, un superyó y un período de latencia. ¿Puede atribuírsele también una organización fálica y un complejo de castración? La respuesta es afirmativa, pero *las cosas no pueden suceder de igual manera*

que en el varón [...] la diferencia morfológica tiene que exteriorizarse en diversidades del desarrollo psíquico [...] (1924: 185) [el destacado nos pertenece].

Es decir, aquel paralelismo que trazaba con anterioridad entre el niño y la niña, realizando los cambios pertinentes (para la niña se trataba de la rivalidad con la madre y el padre como objeto libidinal), ya no es válida. No se trata de “lo mismo, pero al revés”.

Al esbozar cómo se produce esto en la niña, señala el camino que transitará con mayor precisión en el texto del año siguiente. Como Freud mismo argumenta: “[...] nuestras intelecciones de estos procesos de desarrollo que se cumplen en la niña son insatisfactorias, lagunosas y vagas” (1924: 186). Desde aquí es donde retoma el tema en el texto siguiente.

La anatomía es el destino

En el artículo de 1925 Freud se adentra en este continente desconocido. Reconoce que previamente el foco para investigar la vida sexual del niño había estado puesto en el varoncito, y “[...] Suponíamos que en el caso de la niña todo sería semejante, aunque diverso de alguna manera [...]” (1925: 267).

Como señalamos algunos párrafos más arriba, este paralelismo no tiene vigencia, no se sostiene. Y al explorar este terreno Freud explicita algunos puntos acerca del período pre-edípico en la niña, lo que antecede y prepara el terreno para que se despliegue el mencionado complejo.

Acerca del cambio de objeto que debe realizar la niña (pasar de la madre al padre), Freud se pregunta: “[...] ¿cómo llega la niña a resignarlo y a tomar a cambio al padre por objeto? Persiguiendo este problema he podido hacer algunas comprobaciones que acaso echen luz, justamente, sobre la prehistoria de la relación edípica en la niñita” (1925: 270), en quienes “[...] el complejo de Edipo tiene [...] una larga prehistoria y es, por así decir, una formación secundaria” (1925: 270).

Señala Freud una cabal diferencia de lo que acontece en la fase fálica para la niña, respecto del niño. Este último al ver en una niña o en una mujer “la falta de pene”, al principio descrea, ve a pesar de todo, etc. Hasta que, en algún momento, “le cae la ficha” de que está amenazado y cae víctima de la angustia de castración (teme que la misma acontezca, teme perder su posesión). En la niña esto es diametralmente opuesto, al notar esta diferencia: “[...] En el acto se forma su juicio y su decisión. Ha visto eso, sabe que no lo tiene, y quiere tenerlo” (1925: 271)⁸ y “[...] a partir de ahí cae víctima de la envidia del pene” (1925: 270).

Esta envidia trae varias consecuencias (la formación reactiva del complejo de masculinidad, el sentimiento de inferioridad, los celos, etc.). Ahora bien, el efecto más significativo es el que produce en el vínculo de la niña con su madre:

Una tercera consecuencia de la envidia del pene parece ser el aflojamiento de los vínculos tiernos con el objeto-madre. La concatenación no se comprende muy bien, pero uno se convence de que al final la madre, que echó al mundo a la niña con una dotación tan insuficiente, es responsabilizada por esa falta de pene [...] (1925: 273).

Freud señala que hasta este momento el complejo de Edipo no estaba en juego. Todo esto anterior, justamente, se trataba de lo pre-edípico. A partir de ahora, con el aflojamiento de este vínculo de la niña con la madre, y el acercamiento hacia el padre, la niña *ingresa* al complejo:

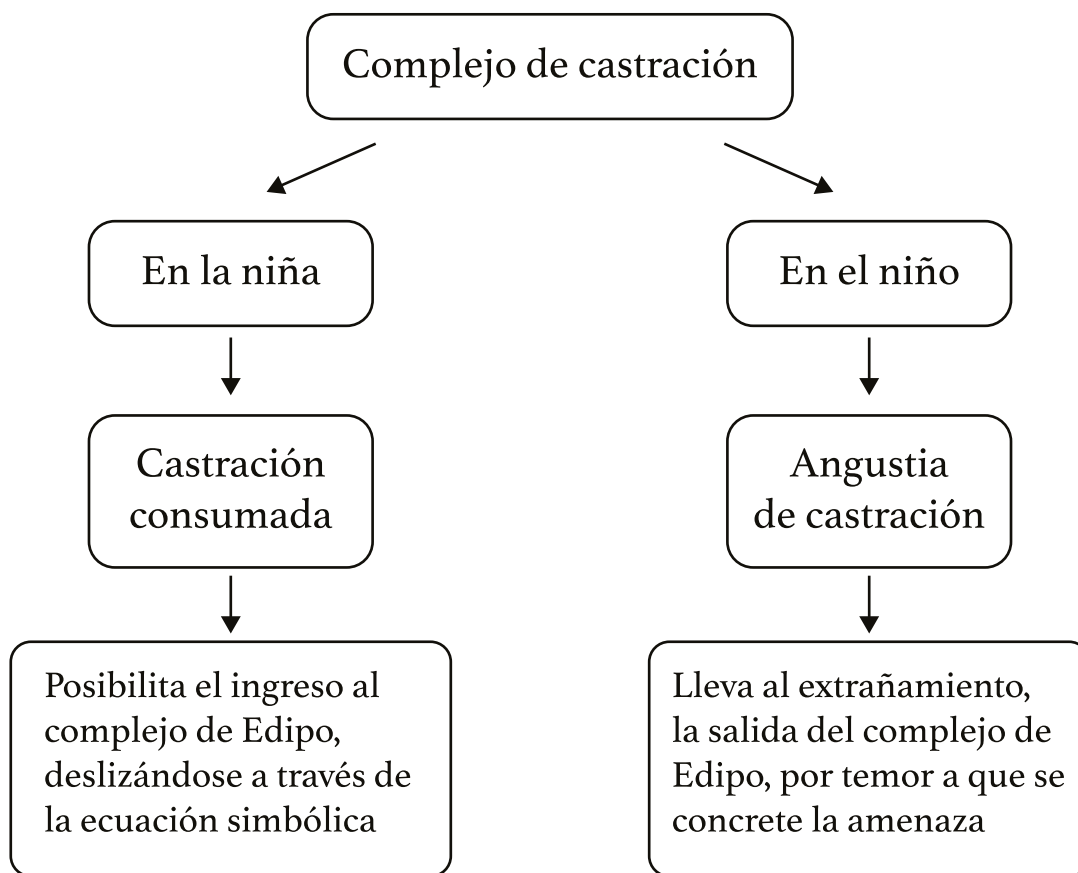
[...] la libido de la niña se desliza —sólo cabe decir: a lo largo de la *ecuación simbólica* prefigurada *pene = hijo*— a una nueva posición. Resigna el deseo del pene para remplazarlo por el deseo de un hijo, y con este propósito *toma al padre como objeto de amor. La madre pasa a ser objeto de los celos*, y la niña deviene una pequeña mujer [...] (1925: 274) [el destacado nos pertenece].

8 Hace algunos años una niña, mientras casualmente observaba a su padre orinar, profería las siguientes palabras de modo espontáneo: “... cuando yo sea grande voy a tener uno como ese...”. Es una obviedad que esta niña a su corta edad (por aquel entonces no alcanzaba los 5 años) no tenía noticias de Freud, del psicoanálisis, ni de la conceptualización del complejo de Edipo, etc...

Entonces, el complejo de Edipo en la niña es una formación secundaria, el complejo de castración –que lo antecede– prepara el camino para que la niña ingrese en el mismo. Aquí es donde podemos ver, claramente, la diferencia entre niño y niña respecto tanto del complejo de castración como del complejo de Edipo:

[...] En cuanto al nexo entre complejo de Edipo y complejo de castración, se establece una oposición fundamental entre los dos sexos. *Mientras que el complejo de Edipo del varón se va al fundamento debido al complejo de castración, el de la niña es posibilitado e introducido por este último* [...] La diferencia entre varón y mujer en cuanto a esta pieza del desarrollo sexual es una comprensible consecuencia de la diversidad anatómica de los genitales y de la situación psíquica enlazada con ella; corresponde al distinguo entre castración consumada y mera amenaza de castración [...] (1925: 275).

Esquemáticamente podemos ubicarlo así:



Estos caminos que se bifurcan dan cuenta del diferente atravesamiento que por el complejo realizan el niño y la niña. Como Freud señala, el complejo de castración está presente en ambos casos, pero en cada uno de ellos se pone en juego y produce distintos efectos. Para el niño es la angustia de castración el modo particular en que este complejo se manifiesta, y lleva al abandono del complejo de Edipo. Es decir, el niño sale del Edipo por este motivo:

[...] En el varón [...] el complejo no es simplemente reprimido; zozobra formalmente bajo el choque de la amenaza de castración. Sus investiduras libidinosas son resignadas, desexualizadas y en parte sublimadas; sus objetos son incorporados al yo, donde forman el núcleo del superyó [...] [que] ha devenido su heredero [...] (1925: 275).

En otras palabras, el niño sale *eyectado, catapultado* de esa posición. La amenaza de la pérdida lo lleva a retirar de modo brusco las investiduras libidinales, y esto trae como consecuencia que se introyecten, se incorporen estos objetos y conformen una nueva instancia psíquica, el superyó, que resulta su heredero.

En cambio:

En la niña falta el motivo para la demolición del complejo de Edipo. La castración ya ha producido antes su efecto, y consistió en esforzar a la niña a la situación del complejo de Edipo. Por eso este último escapa al destino que le está deparado en el varón; puede ser abandonado poco a poco, tramitado por represión, o sus efectos penetrar mucho en la vida anímica que es normal para la mujer [...] (1925: 276).

Vemos entonces que, para la niña, el complejo de castración es lo que marca su ingreso al Edipo, y falta el motivo para que se produzca su zozobra.

Bibliografía

- Freud, S. Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos, en J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras completas: Sigmund Freud* (Vol. 19, pp. 259-276). Buenos Aires, Amorrortu, 2003. (Originalmente publicado en 1923).
- Freud, S. Análisis de la fobia de un niño de cinco años, en J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras completas: Sigmund Freud* (Vol. 10: 1-118). Buenos Aires, Amorrortu, 2005. (Originalmente publicado en 1909).
- Freud, S. Carta 71, Fragmentos de la correspondencia con Fliess, en J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras completas: Sigmund Freud* (Vol. 1, pp. 305-307). Buenos Aires, Amorrortu, 2004. (Originalmente publicado en 1950 [1892-99]).
- Freud, S. Cinco conferencias sobre psicoanálisis, en J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras completas: Sigmund Freud* (Vol. 11, pp. 1-52). Buenos Aires, Amorrortu, 2003. (Originalmente publicado en 1910 [1909]).
- Freud, S. El sepultamiento del complejo de Edipo, en J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras completas: Sigmund Freud* (Vol. 19, pp. 177-188). Buenos Aires, Amorrortu, 2003. (Originalmente publicado en 1924).
- Freud, S. La interpretación de los sueños, en J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras completas: Sigmund Freud* (Vol. 4). Buenos Aires, Amorrortu, 2004. (Originalmente publicado en 1900 [1899]).
- Freud, S. La organización genital infantil (Una interpolación en la teoría de la sexualidad), en J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras completas: Sigmund Freud* (Vol. 19, pp. 141-150). Buenos Aires, Amorrortu, 2003. (Originalmente publicado en 1923).
- Freud, S. Manuscrito N., Fragmentos de la correspondencia con Fliess, en J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras completas: Sigmund Freud* (Vol. 1, pp. 296-298). Buenos Aires, Amorrortu, 2004. (Originalmente publicado en 1950 [1892-99]).

Freud, S. ¿Pueden los legos ejercer el análisis? Diálogos con un juez imparcial, en J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras completas: Sigmund Freud* (Vol. 20, pp. 165-244). Buenos Aires, Amorrortu, 2004. (Originalmente publicado en 1926).

Freud, S. Sobre los recuerdos encubridores, en J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras completas: Sigmund Freud* (Vol. 3, pp. 291-315). Buenos Aires, Amorrortu, 2002. (Originalmente publicado en 1899).

Freud, S. Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre (Contribuciones a la psicología del amor, I), en J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras completas: Sigmund Freud* (Vol. 11, pp. 155-168). Buenos Aires, Amorrortu, 2003. (Originalmente publicado en 1910).

Freud, S. Tres ensayos de teoría sexual, en J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras completas: Sigmund Freud* (Vol. 7, pp. 109-224). Buenos Aires, Amorrortu, 2004. (Originalmente publicado en 1905).